

El cine como arma de destrucción masiva de la ciencia

Carlos Elías¹

*Catedrático de Periodismo
de la Universidad Carlos III de Madrid, España.*

Nunca como ahora ha habido tantos periodistas destinados a cubrir asuntos científicos; y, sin embargo, las vocaciones científicas no dejan de disminuir en las sociedades occidentalizadas (que incluyen también países como Japón o Corea del Sur). En Gran Bretaña, patria de Newton y Maxwell, en 1966 había 31.831 estudiantes de Física y en 2005 eran menos de la mitad, en concreto 14.610. Por el contrario, en ciencias sociales en 1966 sólo había 28.149 (sumando todos los estudiantes de carreras como económicas, pedagogía, sociología, psicología, antropología, geografía, comunicación, etc.); pero en 2005, sólo en *Media Studies*, había 26.685 matriculados. En el curso 2006/2007 sólo un 6.5% de los estudiantes universitarios españoles estaba matriculado en una carrera de ciencias experimentales. Cifra que contrasta con el 49.2% de ciencias sociales, el 26.0% de carreras técnicas, el 9.3% en humanidades y el 18.9% en titulaciones sanitarias (Informe COTEC, 2009). La tendencia es similar en todos los países occidentales. En diciembre de 2009 se celebró en París el congreso *Maths a venir*. La portada de *Le Monde* (5/12/09) "*Les maths en quête de mathématiciens*" lo explicaba: las matemáticas nunca habían estado tan bien en Francia. Había 6.000 matemáticos en activo, pero la gran mayoría con más de 50 años. El periódico se quejaba, alarmado, de que la falta de vocaciones supondrá que no haya reemplazo en 10 años.

Occidente tiene un grave problema con la falta de vocaciones científicas y, pese a que sus sistemas educativos son diferentes, en todos prevalece un dominio de la cultura mediática exportada e influenciada por el cine de Hollywood y en todos disminuye el interés por la ciencia. La prensa o los informativos de televisión son irrelevantes para explicar las vocaciones: los jóvenes no leen periódicos. Por ello, cada día muchos estamos más convencidos de que el descenso de vocaciones está muy relacionado con la imagen que el cine y la televisión ofrece de la profesión de científico.

Esta cultura mediática difundida por los medios de comunicación contribuye de dos formas a la destrucción de vocaciones y, por tanto, a la destrucción del futuro de la ciencia. En primer lugar potencia valores que son contrarios a la ciencia y al trabajo científico: el culto a la fama, el éxito rápido, desprecio a la cultura del esfuerzo o la irracionalidad, cada día más presente en los medios. Y, en segundo lugar, contribuye notablemente a difundir entre los jóvenes una imagen de la ciencia como algo perverso y

del científico como el villano loco que quiere destruir el mundo. En un artículo tan corto no puedo profundizar sobre todas las películas que destruyen la imagen de la ciencia, pero sí, tal vez, mostrar una tendencia que comenzó en los inicios del cine y que cada día se consolida más. No estoy hablando de flagrantes errores conceptuales sobre ciencia que aparecen en los guiones. Eso es irrelevante frente al ultraje que el cine occidental hace de la ciencia como actividad y del científico como profesión.

La primera película importante que ofrece una imagen negativa del desarrollo científico es *Metrópoli* (Lang, 1926), en la que se denuncia claramente los riesgos de la tecnología mostrando el primer robot de la historia del cine. No obstante, existe una anterior, *El gabinete del doctor Caligari* (Wiene, 1919), en la que se muestra las perversiones de un psiquiatra. En 1936 Charles Chaplin rueda *Tiempos Modernos* que, aunque se centra más en la crítica de los procesos industriales del entonces incipiente capitalismo, su fondo no deja de ser una denuncia a la tecnología. Esta idea subyace en películas muy posteriores como *El amo del mundo* (Witney, 1961) o la conocidísima *Blade Runner* (Scott, 1982). También en *Brazil* (William, 1985) y en *A. I. Inteligencia Artificial* (Spielberg, 2001). En televisión puede rastrearse en la serie televisiva *Eureka* (Cosby y Paglia, 2006, 2007).

Este efecto de imagen negativa de la ciencia y tecnología obviamente multiplica su impacto en las películas de gran audiencia como, por ejemplo, las integrantes de toda la saga *Matrix* (A. y L. Wachowsky, 1999). Sin embargo, este fenómeno es extraordinariamente peligroso cuando, además de ser grandes éxitos de audiencia, la película va dirigida al público infantil o adolescente. Este podría ser el caso de *ET* (Spielberg, 1982) en la que los científicos querían diseccionar al adorable extraterrestre o *Jurassic Park* (Spielberg, 1993), en la que un científico loco reproduce a los dinosaurios con el peligro para la humanidad que eso supone.

Esto son sólo algunos ejemplos. Pero en todos subyace el prototipo Víctor Frankenstein de alguna de las versiones de la novela de Mary Shelley. Desde *La novia de Frankenstein* (Whale, 1935) hasta *Frankenstein de Mary Shelley* de Kenneth Branagh (1994), pasando por *El extraño caso del doctor Jekyll* (Fleming, 1941), *El profesor Chiflado* (Lewis, 1963), *Mary Reilly* (Frears, 1995).

Este arquetipo Frankenstein muestra siempre a un hombre que juega a crear productos que luego no sabe cómo repercutirán en el mundo. No obstante, con el paso del tiempo se le han ido añadiendo más características. Durante la década de los 30 y los 40 los científicos que aparecen en las películas responden al patrón común de hombre blanco ya entrado en edad. Suele, además, ser demente y maléfico. En la década de los cincuenta, bajo la influencia del cómic, el cine le añade al científico un nuevo atributo: quiere gobernar el mundo y ponerlo a sus pies.

Ya en 1978 la revista *Science*, editada por la Asociación Americana para el Avance de la Ciencia (AAAS), daba la voz de

¹ Carlos Elías es autor de *La razón estrangulada. La crisis de la ciencia en la sociedad contemporánea* (Debate, 2008).

alarma en un artículo titulado “Los medios: la imagen de los científicos es mala²”. En general, y salvo excepciones –*El profesor chiflado* (Shadyac, 1996; Segal, 2000)–, en el cine de las décadas siguientes el científico continúa siendo de raza blanca, pero añade a las anteriores características una nueva: la de un obseso por conseguir al precio que sea el conocimiento que anhela. Amoral más que inmoral, nada lo detiene en su objetivo. Jamás permite que los sentimientos o simpatías humanas se interpongan en su camino. Esta insensibilidad la manifiesta de varias formas. Así, si el científico tiene familia, reniega de ella. Con mucha frecuencia los científicos son representados como solteros o viudos y, en cualquier caso, rara vez se muestran con compromisos sentimentales o relaciones sexuales. En este sentido, la diferencia con los profesores de literatura es obvia, pues a éstos el cine siempre los representa o muy comprometidos con los alumnos –*El club de los poetas muertos* (Weir, 1989); o viviendo grandes pasiones *Tierra de penumbras*, (Attenborough, 1993). “La audiencia quiere escuchar a su bella hijita o asistente decir que el científico está casado con los tubos de ensayo y que no tiene tiempo de socializarse”, admitieron los cineastas en el encuentro de la AAAS.

Otro de los temas más recurrentes del cine es la capacidad del científico para la destrucción a gran escala. Susan Sontag³ realizó un magnífico análisis sobre este asunto en el cine estadounidense desde 1915 hasta finales de los 70. Y concluye que la capacidad de destrucción del científico aumentaba conforme pasaban los años. En las películas de terror de los 30 los científicos sólo demostraban capacidad para destruir a una persona o, como mucho, a una pequeña villa. Pero pronto el cine mostró que los científicos tenían poder para destruir grandes ciudades, países, el planeta entero y, por último, muchos planetas. En realidad, ahora coexisten todas las versiones. Desde los arquetipos Frankenstein hasta *Planeta Prohibido* (Wilcox, 1956), en la que se reflexiona sobre cómo el mal uso de la ciencia destruyó el planeta. Más recientemente, en la película *Núcleo* (Amiel, 2003) la Tierra está a punto de ser destruida por culpa de unos experimentos de científicos militares en el núcleo terrestre. Pero ya desde la serie *Espacio 1999* (1975) se cuenta cómo un científico desarrolla un método de propulsión de naves espaciales gigantes que, por razones que no quedan claras al espectador, falla y, como consecuencia, destruye varios planetas habitados.

La novedad a finales del siglo XX y comienzos del XXI es que, además, se ataca el pensamiento racional y se potencia la pseudociencia y la irracionalidad. Desde las películas de *Harry Potter* (2001-2010 y prevista 2011) hasta series como *Expediente X* (como serie desde 1993 hasta 2002 y como película Bowman, 1998 y Carter, 2008), en la que, por vez primera, se ponen al mismo nivel la explicación científica

y la mágica y gana esta última. Otras llegan aún más lejos: ensalzan los valores de los brujos y magos –*Embrujadas* (1996-2006)– hasta series como *Lost* (2004-2010), cuyo primer capítulo de la segunda temporada *Man of Science, Man of Faith*, ya nos indica que hay un grave conflicto con la ciencia como forma de acceder al conocimiento.

Este enfoque es muy destructivo para la ciencia. La imagen del científico como estereotipo negativo, junto a algo mucho peor: el pensamiento científico como cuento de hadas –en palabras de Feyerabend– que jamás te ayudará a comprender el mundo. De la ciencia como “el mal”, como “lo erróneo”. La solución, “el bien”, según el cine y la televisión, está en la magia y el esoterismo. En España se ha reducido notablemente la cantidad de información científica en televisión. Pero junto a esa tendencia, aumenta la contraria: la emisión de anticencia. En el recién estrenado modelo de televisión digital terrestre se ha inaugurado un canal exclusivamente sobre tarot y magia: *astrocanaltv*. Jamás había sucedido algo similar en la televisión española. Nadie –ni políticos ni científicos– ha protestado.

Esta imagen proporcionada por el cine y la televisión es la única a la que tiene acceso la gran mayoría de la opinión pública. En las escuelas se enseña ciencia, pero no qué es ser profesional de la ciencia. Y aunque lo hicieran, jamás podrán competir con la cultura mediática. Los jóvenes desprecian las profesiones científicas y esto traerá graves consecuencias para las economías de aquellos países donde falten vocaciones. El escritor Alberto Vázquez Figueroa, que fue corresponsal en la época de descolonización de África, pronosticó que allí nunca se saldría de la pobreza porque sus universidades se llenaban de abogados y no de ingenieros o científicos. De momento, el tiempo le da la razón. África sigue en la miseria; pero China, sin embargo, lleva un imparable crecimiento económico que, casualmente –yo creo que como consecuencia de–, coincide con el espectacular aumento de su número de licenciados en ciencias y en ingeniería. El cine –y la cultura mediática occidental– apenas ha entrado en China.

Occidente puede aceptar perder el liderazgo económico, pero no el pensamiento científico y racional. Este mes de septiembre la revista *Nature*⁴ denuncia en su editorial –*Ciencia despreciada*– que la anticencia se está adueñando del ideario político de la derecha estadounidense. La imagen con la que líderes de opinión como Rush Limbaugh adoctrinan en televisión a sus adeptos contra la ciencia proviene de la representación mediática del pensamiento científico. El problema es más grave de lo que los científicos piensan y en ellos está la responsabilidad de luchar contra esta crisis que amenaza con destruir la cultura occidental. Cine y ciencia podrían ser compatibles, pero quizá haya llegado el momento de que sean los graduados en ciencias puras e ingeniería los que se encarguen del cine y la televisión –y también del periodismo–; en lugar de que sean los licenciados en comunicación los que difundan la ciencia y la cultura.

² Maugh II, Thomas H. 1978. “The media: The image of the scientist is bad”, *Science*. Vol. 200 (7 de abril). (p.37).

³ Sontag, Susan (1977) “The imagination of disaster”. *A wake in the dark: an anthology of American film criticism, 1915 to the present*. (Denby D. Ed.). Vintage Press. New York. (pp. 263-278)

⁴ Science scorned [Ciencia despreciada] Editorial. *Nature*. Vol 467. (Septiembre 2010)